

CRISIS ACTUAL: LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO A LA LUZ DE UN MODELO ESRAFIANO

Antonio Mora Plaza

Aunque aún falta perspectiva para valorar el origen y, sobre todo, el peso de las causas de la crisis actual, parece claro que hay tres cosas ciertas: a) su origen está fundamentalmente en USA, b) la especulación inmobiliaria es su elemento fundamental, c) las prácticas crediticias de los bancos otorgando créditos por encima de lo que aconsejarían unas buenas prácticas bancarias vistas estas con perspectivas a largo plazo han ocasionado la crisis. En España, la bajada de los tipos de interés a lo largo de casi dos décadas y las políticas de liberalización del suelo de los gobiernos del Partido Popular (1996-2004), han reforzado la tendencia general y el error monumental de los sistemas financieros. Para algunos economistas más críticos con el sistema financiero, sus prácticas y los desarrollos de los productos derivados más los fondos especulativos (*hedge funds*) son la causa principal y la especulativa inmobiliaria la secundaria. En cualquier caso lo que importa ahora y la cuestión ya no es el origen y causa de la crisis, sino cuál es la política económica pertinente. Los llamados ortodoxos, los que creen las visiones meramente monetaristas de origen *friedmaniano* o en las virtudes de la economía de *las expectativas racionales* (Robert Lucas), piensan que lo primero, principal y casi única cuestión es confiar en el mercado, en el *sólo* mercado para recuperar el empleo y que el Estado y sus presupuestos (ingresos y gastos) son un obstáculo en lugar de una solución o una parte de ella. Como señala Krugman, este pensamiento ha sido dominado por los economistas yanquis de agua dulce por estar ubicadas las universidades de donde ha salido la corriente dominante en las instituciones en las zonas de los grandes lagos americanos (Chicago y Minnesota). Frente a estos, están los economistas de agua salada, los surgidos en las universidades de las dos costas americanas (el MIT, Harvard, California). Se da la paradoja que estos economistas de agua dulce que han llevado parcialmente sus presupuestos a los centros de poder, no tienen una teoría, un modelo explicativo de la crisis actual, ni siquiera un modelo alternativo a los modelos *post-keynesianos*, aunque sean adulterados, como el modelo IS-LM. Como siempre ocurre en la historia, la bazofia triunfa, al menos a la corta, sobre la calidad. Tengo en mis manos un libro (*Macroeconomic Theory*, 1979, *Teoría*

Macroeconómica, 1988) de Thomas Sargent, claro representante de lo neoclásico y dice lo siguiente: “La economía consiste en un elevado número de empresas *perfectamente competitivas*, cada una de las cuales produce *el mismo único bien* utilizando la *misma función de producción*” (pág. 7 en la versión española, edit. Antoni Bosch). Las cursivas son mías. Comparado con esto, el cuento de *Alicia en el País de las Maravillas* parece un relato de Dickens, Balzac o Galdós. No se piense que estas condiciones, este dibujo de lo que es para el Sr. Sargent la economía cambia a lo largo del libro y que esto lo hace a los efectos pedagógicos. No. El libro sigue bajo estas hipótesis con la placidez que le da un uso entupido de las matemáticas, cosa que a un enamorado de las mismas como yo me repatea sobremanera. El libro es antiguo, pero este tipo es el reciente premio Nobel. El que quiera extenderse en la historia de los hechos y de las ideas desde el Cambridge inglés de los años 30 del XX a lo actual, puede leer sin necesidad de preparación previa el magnífico libro de Norberto E. García *La crisis de la macroeconomía* (edit. Marcial Pons, 2010). Más avanzado y con vistas a valorar el esfuerzo de los postkeynesianos, Marc Lavoie, 2005. Quiero resaltar, no obstante, que ni siquiera las visiones meramente monetaristas que aconsejan como única política económica fijar una senda de crecimiento de la oferta monetaria o las creencias en las supuestas virtudes de las expectativas racionales para asegurar en plazo un consumo acorde con el pleno empleo, dan como consecuencia teórica que haya que combatir los déficits reduciendo el gasto público en plena crisis. Esto es un invento de políticos o de contables acéfalos con el título de economistas, como en España los De Guindos, los Montoro o los Rato. Nada hay en el plano teórico y menos aún en la experiencia histórica que diga que esa sea la receta para crear empleo. Ni una sola experiencia histórica. Claro que de la crisis se sale porque tarde o temprano las economías tienen sus propios sistemas de autorregulación, pero nunca gracias a estas ideas, ni por efecto de un mero monetarismo, ni por nada de comportamientos basados en expectativas racionales. Nada ha habido más irracional para el conjunto de la economía y para el empleo examinado a lo largo del ciclo que la especulación inmobiliaria y el exceso crediticio de los bancos. Ni siquiera para sus cuentas de resultados, sólo salvadas por las ayudas desde lo público. Y en cuanto a salir de la crisis, la experiencia histórica es que no se sale como se entró, sobre todo porque los que han perdido el trabajo y activos (pisos hipotecados) les importa un pimiento las

macromagnitudes y los PIB cuando apuntan para arriba, porque ellos se han quedado en la cuneta, muchas veces para siempre.

Los creyentes en las bondades de *sólo* lo privado creen que *sólo* los mercados pueden restaurar los equilibrios perdidos, suponiendo que reconozcan que los comportamientos privados rompen esos equilibrios. En los comportamientos económicos de los individuos y empresas (llamados agentes para exonerarlos de cualquier culpa), nada hay que nos lleve a crear unos niveles de producción de pleno empleo. Cada uno tira por su lado: a) Los consumidores, convertidos una parte de ellos en su momento en especuladores inmobiliarios, tratan de satisfacer sus necesidades asignando sus recursos y la obtención de los mismos como mejor entienden y pueden. No defiendo con ello la teoría de la utilidad marginal por la obsesión de ésta de creer que en la optimización y en la estúpida manía de pensar en la infinita posibilidad de fragmentación de deseos y recursos; b) Los empresarios, con su visión siempre a la corta de obtener beneficios a costa de lo que sea (efectos externos, recurso a la teta del Estado cuando hay pérdidas, búsqueda de privilegios, destrucción de los derechos laborales, etc.), no tienen en cuenta el interés general. Piero Sraffa, frente a los marginalistas y frente a la visión dominante de la economía de la época (Alfred Marshall y sus *Principios*), escribió la obra más revolucionaria de la economía: *Producción de mercancías por medio de mercancías* (publicado en 1960). Lo digo conscientemente porque para los marxistas lo es *El Capital*. La diferencia entre ambas es que la obra de Marx es conocida y temida por los liberales, neoliberales, conservadores, privilegiados, etc., mientras que la de Sraffa es ignorada, aunque no menos temida –yo diría que más que la del alemán- por los economistas neoliberales y de otra condición, porque *Producción de mercancías...* supone, en mi opinión, darle la vuelta al calcetín de la Microeconomía convencional, que es tanto como decir a los fundamentos del análisis económico, que aún es marginalista. Mejor dicho, supone su destrucción, porque la obra de Sraffa es incompatible con cualquier forma de marginalismo, sea la clásica de los Menger, Jevons o Walras, sea la visión austríaca del capital y del interés (Böhm-Bawerk, Wicksell, Wieser, etc.), sea cualquier visión actual de los fundamentos de la economía que suponga optimización de comportamientos, de fragmentación infinita de utilidades y recursos, de apelación a las bondades de los mercados como *optimizadores paretianos*.

Sraffa parte de al menos tres ideas muy sencillas: 1) Sraffa se acerca a la realidad con un modelo que toma a su vez la realidad como un conjunto. Esto parecería que debiera ser obvio al lego en la materia, pero por más increíble que le parezca al lector no versado, en la historia del análisis económico, esto ha sido más una excepción que la regla general. La cosa empezó muy bien con los fisiócratas y su flujo circular de la renta, pero luego se fue torciendo hacia el llamado análisis parcial, hacia las cláusulas *caeteris paribus*, cuyo punto culminante es Alfred Marshall (1842-1924). El primero que de verdad creó un modelo de explicación global de la economía después de los mencionados fisiócratas (Quesnay (1694-1774)) fue *el ingeniero* Walras (1834-1910), aunque con el defecto de esa obsesión en creer en la capacidad de optimización, de elección óptima de los actores económicos. La globalización de Marx es fruto de su visión histórica y de esa división de la historia como una sucesión de diferentes modos de producción. Un dato: en el mundo académico anglosajón no ha existido una asignatura tal como la Estructura Económica, cosa que también parece que va desapareciendo en el mundo latino. Sraffa parte, en definitiva, de la economía como un todo, cosa que resultaba heterodoxo para la época cuando concibió su obra (a finales de los años 30 del XX), aunque cuando se publica su obra en 1960 ya se está desarrollando el análisis Input-Output de la mano del soviético Leontief (1905-1999) y el matemático y físico Von Neumann (1903-1957) crea un modelo *matemático* con algunos puntos de conexión con la obra del italiano; 2) Para Sraffa los precios se forman mediante un margen sobre los precios. Es lo que hacen los empresarios y comerciantes cuando ponen los precios: miran los costes e intentan poner un margen para calcular los precios tal que, por un lado atiendan a la competencia y, por otro, cubran al menos los costes. Es verdad que si no se atina en el cálculo sobre los costes derivados de cada producto o servicio (contabilidad de costes), los errores de cálculo pueden ser extraordinarios y llevar a la ruina a las empresas, pero es así como operan los empresarios, sean grandes o pequeños, de un sector o de otro. Por increíble que parezca, la economía marginalista no dice que así se comporten los empresarios. Según esta teoría, los empresarios deben conocer algo así como su función de producción y su función de costes para calcular tanto precios como las rentas pagadas (salarios y ganancias guardadas), y pagar éstas de acuerdo con *el valor de la productividad marginal de cada factor de producción*. Eso sí, si hay competencia perfecta –que no la hay salvo en los mercados que funcionan a la velocidad de la luz, es decir, en las

bolsas de valores, derivados, etc.) – ya no tienen que preocuparse de los precios, porque estos les vienen dados por ese cálculo mágico de la productividad marginal de cada factor. Comparado con esto, los cuentos de hadas son mero historicismo; 3) Para Sraffa el capital no es un factor de producción distinto del trabajo. Eso sí, es *trabajo fechado*, porque cualquier medio de producción, es decir, cualquier cosa, materia prima o instrumentos que no consumimos directamente sino que empleamos para a su vez producir cosas consumibles, ha sido producido alguna vez por la mano del hombre y de la mujer. Sólo es cuestión de remontarse a su origen. Esta visión es compatible con la de los clásicos, pero no así con las visiones del capital como un medio calculado a partir de sus rendimientos futuros actualizados. En todo caso, los problemas de la visión del capital es su agregación (insoluble) y su incoherencia, porque no siempre ocurre –de acuerdo con la visión neoclásica- que a más relación capital producto (o capital/trabajo) menor tipo de interés. Esto ya lo intuyeron o lo demostraron Robinson, Sraffa, Garegnani, Pasinetti, etc., y de tal forma que hasta el propio Samuelson (1915-2009) tuvo que reconocerlo.

Pues bien, con esta visión *esrafiana* de la realidad, vamos a ver que luz nos aporta en la crisis actual, porque, a la postre, lo que se ha producido es una ruptura entre producción y consumo privado, donde este último no es suficiente para equilibrar el primero. El consumo ha disminuido y los políticos que gobiernan están echando más leña al fuego, reduciendo el gasto público en un afán contable de cuadrar los presupuestos. Pasamos a formalizar un modelo esrafiano de equilibrio mediante un sistema de ecuaciones que van a describir la realidad de la manera más amplia posible y sin apenas condicionantes, es decir, sin apenas funciones de comportamiento que pudieran ser discutibles y discutidas. Compararemos entonces la situación actual y la política que se derivaría para recomponer el equilibrio roto por el lado del consumo privado. Ponemos la ecuación en términos algebraicos y luego la discutimos:

$$(1) \quad \text{Oferta} = \sum_{k=1}^m \sum_{j=1}^n p_{ck} C_{kj} + \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n p_{zi} Z_{ij} = \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n [l_i w_{ij} + p_i X_{ij}] \times (1 + g_j)$$

C_{kj} representa el bien o servicio de consumo k producido en el sector (o proceso) j de la economía, por lo que el doble sumatorio sobre el producto $p_{ck} C_{kj}$ es *el valor monetario* de la suma de todos estos bienes y

servicios de consumo; los Z_{ij} son los i medios de producción a su vez producidos (instalaciones, instrumentos, utensilios, máquinas, materias primas) en el sector (o proceso) j , y p_{zi} son sus precios respectivos; los l_i es el trabajo empleado en el conjunto de los bienes y servicios que podemos homogeneizar y llamar i en cada sector, mientras que w_{ij} sería el salario correspondiente a estos bienes y servicios producidos en el sector j ; los X_{ij} son los medios de producción empleados y valorados al precio p_i (si son bienes de más de un año, $p_i X_{ij}$ sería la amortización correspondiente); por último, g_j es la tasa de ganancia exigido por los empresarios en el sector o proceso j , aunque también puede desagregarse más aún según tipo de bienes y/o servicios y sectores (es decir, partir de una tasa de ganancia por bien o servicio i en cada sector o proceso j). Sraffa utiliza tasas de salarios y ganancias unitarias porque quiere valorar la economía a largo plazo, pero eso, en este contexto, es inadmisibile. Por mor del realismo, he incluido los salarios en el total de los costes para aplicar el margen de ganancia y obtener los precios, cosa que no hace Sraffa. El lado izquierdo de la ecuación (1) representa lo que se produce y el lado derecho cómo se reparte. Es el modelo *esrafiano*, tanto de definición del sistema como de distribución del excedente, que se diferencia del neoclásico notablemente, aunque no entramos por no alargar el tema del artículo. Veamos la ecuación (1) según conceptos:

$$\text{Valor del total de los bienes y servicios de consumo} = \sum_{k=1}^m \sum_{j=1}^n p_{ck} C_{kj}$$

$$\text{Valor del total de los bienes de producción producidos} = \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n p_{zi} Z_{ij}$$

$$\text{Valor total de las rentas salariales} = \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n l_i w_{ij}$$

$$\text{Valor total de las ganancias} = \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n [l_i w_{ij} + p_i X_{ij}] \times g_j$$

La segunda es la función de consumo. Es como sigue:

$$(2) \quad \sum_{k=1}^m \sum_{j=1}^n p_{ck} C_{kj} = a \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n l_i w_{ij} + b \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n [l_i w_{ij} + p_i X_{ij}] \times g_j$$

Esta ecuación representa las rentas destinadas al consumo, siendo a un coeficiente cercano a uno y que, multiplicado por *la suma* de las rentas salariales $l_i w_{ij}$, nos da la parte de la renta de los asalariados que dedican a estos bienes y servicios; el coeficiente b es a su vez el coeficiente también menor de uno que, multiplicado por las ganancias (segundo sumatorio de el lado derecho de la ecuación), nos da las rentas gananciales (de capital y de autónomos). La última ecuación (la 3) es en realidad una definición del PIB y representa la suma de las demandas, ese lado que los neoliberales no pueden ni ver porque se conforman con *creer en la ley de Say*:

$$(3) \quad Demanda = \sum_{k=1}^m \sum_{j=1}^n p_{ck} C_{kj} + \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n p_i X_{ij} + I + G_p - T + E_x - I_M$$

donde I es la demanda de inversión en medios de producción, G_p es el valor del gasto público, T el total de los impuestos, E_x son las exportaciones e I_M son las importaciones. Pues bien, del conjunto de las tres ecuaciones enumeradas, al igualar a *la demanda y la oferta*, se obtiene:

$$(4) \quad (1-a) \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n l_i w_{ij} + (1-b) \sum_{i=1}^n \sum_{j=1}^n [l_i w_{ij} + p_i X_{ij}] = I + G_p - T + E_x - I_M$$

Hemos dado un largo rodeo para llegar a (4), pero creo que ha merecido la pena por lo que viene. Vemos que el ahorro total de la economía (lado izquierdo de la ecuación) es igual a la inversión I , más el saldo presupuestario ($G_p - T$), más el saldo exterior ($E_x - I_M$). Lo importante y decisivo es que nada hay en el comportamiento en la economía que lleve a la igualdad (4) si excluimos el saldo presupuestario público ($G_p - T$). En efecto, los que toman decisiones sobre el consumo (coeficientes a y b) o, alternativamente, sobre el ahorro ($1-a$) y ($1-b$), son distintos en gran parte y –sobre todo– por distintas motivaciones, que los que deciden sobre la inversión I y, con más razón, distintas de los que exportan E_x (que dependen del resto de los países) y de los importadores (I_M), que dependen de las pautas de consumo internas. ¡Sólo desde lo público, es decir, sólo son el saldo presupuestario ($G_p - T$) puede equilibrarse la economía para evitar caer en los desequilibrios, sean expansivos o contractivos! Los neoliberales confían en los precios para la igualdad (4), aunque ellos no representan ni crean en esta formalización

equilibradora, pero el problema es que los precios a su vez vienen determinados por empresarios y comerciantes en función de su propio mercado, de su localismo, de sus propios costes. Con sujetos a veces distintos y, sobre todo, con motivaciones distintas, es imposible que una economía esté en equilibrio. Sólo algo así se puede conseguir variando gastos e ingresos públicos, complementado con financiación externa o interna (recurso al banco central) para lograr el equilibrio y evitar crisis como la actual o, al menos, para hacerla menos grave. Los políticos que gobiernan, mal aconsejados, buscan el camino fácil de dejar a los supuestos mercados para que se cumpla (4) renunciando a los saldos presupuestarios. *Creen* que lo mejor es que siempre que los gastos públicos se equilibren con los ingresos, pero nada hay en las explicaciones ni en la experiencia histórica que les sirva de báculo para tal superchería. Obsérvese que ni siquiera se ha supuesto una función de consumo keynesiana tan discutida por los neoclásicos; tan sólo se ha recurrido a la visión *esrafiana* de la economía (ecuación 1) y a una función que es simplemente la constatación de un hecho estadístico (ecuación 2). La 3 es una definición de PIB. En cualquier caso es más fácil echar la culpa a la herencia recibida –en el caso del gobierno español actual– que enfrentarse a los mercados, a la Merkel, al BCE. Aún se puede ser más cretino, pero difícilmente estar más errado.

Vemos que un modelo de inspiración *esrafiana* ha servido para algo que el propio sentido común lo refrenda. En Europa son los países nórdicos en los que se dan dos circunstancias que no pueden ser casualidad: son los más desarrollados y los que tienen el mayor índice de participación de lo público en la economía. España no es USA, no tiene un mercado interior de más de 300 millones; no es el país más grande y con la mayor tradición industrial de Europa como Alemania. Confiar en el sólo mercado y querer mantener el saldo presupuestario a cero bajo cualquier circunstancia, no sólo es de cretinos e ignorantes, sino supone en las actuales circunstancias llevar cientos de miles de personas al paro, no ya sólo por una crisis importada, sino además por una política económica absolutamente errada.

Madrid, 5 de abril de 2012.